

de la Psicología Personalista (*VII Jornadas de la Asociación Española de Personalismo. I Encuentro de la Asociación Iberoamericana de Personalismo*, Ciudad de Guatemala, 25-27 de julio de 2011).

José LUIS CAÑAS

GARCÍA MORENTE, Manuel: *La filosofía de Henri Bergson*. Madrid: Ediciones Encuentro, 2010.

En cierto sentido, el libro *‘La filosofía de Henri Bergson’*, de 1917, es un libro eufórico (muy anterior a la decepción que supuso la lectura de *‘Las dos fuentes de la moral y de la religión’*¹, en 1932, un apéndice en esta edición de Encuentro), un libro muy sentido, con una emoción que se desprende naturalmente de toda esta pretensión más o menos agresiva de reforma del entendimiento desde una originalidad total. Con una necesidad de un nuevo idioma más líquido, más elástico y elusivo, y más original en el sentido de volcado a lo originario. Fíjense si no en esta exclamación primaveral, expresión misma de la liberación consumada, la satisfacción: “¿qué diferencia entre esa idea y la intuición viva e inmediata!”². No es “esa idea”, es “la idea”, “todas las ideas” al lado de la intuición viva (una, nueva e inmediata).

Son tres partes de casi idéntica extensión (20 páginas cada, aproximadamente). En primer lugar, en *‘La inspiración, el objeto y el método’* abunda en lo mucho de combativo que tuvo este pensamiento (no diremos sistema, pues: “Los sistemas son construcciones artificiosas y arbitrarias”³), y su crítica frontal (que García Morente hace eufóricamente suya) al positivismo. El apartado segundo, *La psicología*, circunscribe las áreas que versan sobre la teoría del conocimiento bergsoniana, de *‘Materia y memoria’* (1896) más precisamente, y, secundariamente, del opúsculo *‘El alma y el cuerpo’* (1912). *‘La metafísica’*, tercer apartado de *‘La filosofía de Henri Bergson’*, se centra en los hallazgos y en las audacias cósmicas de *‘La evolución creadora’* (1907).

Enfrentado a esta vivencia salvífica, tendremos pues un pecado, un “pecado original”⁴, la génesis del taxidermismo mental: “Las cosas se presentan a nuestra percepción separadas unas de otras, en forma discontinua. La inteligencia se adapta a esa *discontinuidad*, y forja la numeración para aprehenderla y dominarla en provecho de la vida. Ya nunca más podrá la inteligencia conocer lo continuo sino con los elementos mismos de la discontinuidad. Inventará el concepto de infinitesimal; pero éste no es más que un rodeo hábil para hacer que la discontinuidad numérica sirva, de un modo prácticamente aprovechable, en lo continuo”⁵. Y: “El movimiento la parece siempre la excepción, y no consigue explicarlo, sino dividiéndolo en inmovilidades, en posiciones; lo calcula pero no lo penetra”⁶.

¹ Leyó y escribió la recensión del libro en el mismo año de la publicación del mismo en Francia.

² M. G. Morente. *‘La filosofía de Henri Bergson’*. Ed, 2010. 41.

³ *Idid.* 39.

⁴ *Idid.*: “La inteligencia se hace especulativa. Este es su pecado original”. 39.

⁵ *Ibid.* 38.

⁶ *Idid.*

Hay que asumir, en primer lugar, que el bergsonismo maneja la prerrogativa de condenar el lenguaje desde el lenguaje. Se reconoce igualmente la querencia del vitalismo hacia un hipotéticamente salvador gerundio verbal, que es el heroico *presente creativo* (un presente que es conjunción de presente y pasado: *la durée* de la intuición): “Una cosa es la sucesión contada y otra la sucesión vivida”. Es decir, que en el pecado del número (el pecado de *espacializar* el tiempo, convirtiéndolo en presente dividido y cuantificado: dirección, velocidad, fuerza) “no serían ya mis impresiones siendo, sino mis impresiones sidas”. Ahí el gerundio añorado.

Tras este acoso y derribo del símbolo (símbolo y concepto se utilizan aquí indistintamente como rescoldos escleróticos de la “inteligencia”, formas del cadáver, lo “sido”, o incluso, formas del *asesinato*: la *espacialización*, *materiamiento*) se busca una inmediatez que pueda comportar la integración copiosa de pasado (espíritu) y presente (espacio inmóvil). Esto es, hallar la memoria como alma espiritual, como se trata puntualmente en *‘La intuición de la conciencia’*⁷, de este libro.

De acuerdo con el carácter polémico del *‘La filosofía de Henri Bergson’*, *‘El paralelismo psicofisiológico’*⁸ examina (y replica) las opiniones que otorgan a la memoria el grado de facultad intelectual y estrictamente cerebral. La memoria, según Bergson desarrolló (léase, para mayor concreción, el opúsculo *‘El cerebro y el pensamiento: una ilusión filosófica’*⁹, de 1904, de Bergson), es una facultad del alma. De hecho, “el órgano encargado de impedir que en cada instante el pasado se vuelque en el presente es precisamente el cerebro”. Por supuesto, en términos cerebrales, por lo tocante que tiene con la psicología rigorista (una de las bestias negras del espiritualismo) García Morente se aplica en limpias florituras polemistas: “Admitir que el mundo sensible es un engendro del cerebro es admitir que el cerebro es un engendro de sí mismo”¹⁰.

Según García Morente, Bergson, conspicuo elemento del airado bastión postromántico (lo integra en la línea de Carlyle, Nietzsche, y la posterior generación del 98), nos evita los constreñimientos del lenguaje, nos habla ya de la “sinfonía”¹¹ (nótese aquí una impresionante anticipación del “hecho extraordinario”¹²). Es decir, hacia un algo “inefable”¹³ que se nos articula, sin embargo, en una gramática nueva y liberada, y en unas nuevas nociones, que no llamaremos conceptos porque no quieren serlo (¿qué son?: las mismas nociones son en sí entonces la solución misma).

Como otros bergsonianos (en la estela del maestro), García Morente nos hablará de un lenguaje del futuro, más flexible, para aprehender sin diferenciar, y para complementar sin diferenciar, en patente ambigüedad.

⁷ *Ibíd.* 51-68.

⁸ *Ibíd.* 68-81.

⁹ H. Bergson. *‘El alma y el cuerpo’*. Traducción: Juan Padilla. Encuentro, 2009.

¹⁰ M. G. Morente. *‘La filosofía...’*. 71.

¹¹ *Ibíd.* 60.

¹² Manuel García Morente. *‘El “hecho extraordinario”’*. Rialp, 1996. Según el cuál, en plena Guerra Civil, huido en París, en la noche del 29 de abril de 1937, se convirtió profundamente al catolicismo tras escuchar en la radio una óptima interpretación de la beethoveniana sinfonía coral *‘La infancia de Jesús’*, de Héctor Berlioz: una estricta revelación sinfónica 20 años después)

¹³ *Ibíd.* 64.

El método (un método que no es metódico, como pueda serlo un místico de camino hacia el trance) será la intuición que “penetra lo singular, desprecia el símbolo, y se rebela, por tanto, contra el idioma”¹⁴, que completa el rastro inmóvil del tiempo en su puro devenir (que nosotros apercibimos primordialmente en nuestra interioridad).

La explicación de esto, y uno de los pasajes descriptivos más completos donde aparece la noción de la inteligencia (que reúne los defectos del materialismo, del finalismo, de la especialización y la cuantificación y la mentada taxidermia) sería: “Prestamos a las cosas algo de nuestra duración pura, y las cosas nos dan su exterioridad recíproca, y así nace el concepto bastardo del tiempo como el lugar de la sucesión, es decir, como un espacio en donde la sucesión pura se fracciona en momentos exteriores unos a otros, y por tanto calculables, contables, manejables por el intelecto previsor”¹⁵.

Así las cosas, pasamos a la parte más creativa del capítulo último, ‘*La metafísica*’ que, sobre antedichos pilares forja su pilar del *élan* (extraño que García Morente nunca usa los términos en francés, tan carismáticos y tan socorridos por los bergsonianos, él, traductor dirá más bien “aliento”): es decir, la vida y la libertad. La creación, la novedad: en la interioridad que reconocemos en el mundo. Frente a la repetición (que es la materia), está la vía del “*élan* ascensional”, “la raíz y la meta”¹⁶, que dice Zubiri. Este es el territorio de su obra magna ‘*La evolución creadora*’, que busca el absoluto de la vida (duración que intuimos en nuestra interioridad) para apuntalar, o mejor, completar un evolucionismo (llamado “falso evolucionismo”¹⁷ en su cuarto capítulo, que pretende postularse como la “verdadera historia de la evolución de la vida”, como dice en la primera línea de su libro. La intuición, así, nos brinda (sin mediación) historia desde la vida y no desde la historia.

Una historia, para empezar, sin finalismo. De nuevo, el gerundio: “No el proceso haciéndose, sino el proceso hecho...”¹⁸ Bergson pretende, si no refutar, sí completar a Aristóteles y a Darwin con ‘*La evolución creadora*’ (busca ser lo que los físicos de la relatividad a Newton, en Biología), y los tres grados vitales (vegetativo, animal y racional: una misma cosa). Busca combatir Bergson cualquier rastro de linealidad (pues la linealidad es, sobre todo, eso: rastro, materia, espacio): la vida como explosión con corrientes simultáneas más que como recorrido. Aquí una muestra de esta complicada cosmogonía: “Pero pronto la vida hubo de desbordar la materia y crecer en intensidad conforme iba creciendo en complejidad”, y dos frases más adelante: “El desarrollo de la vida, en efecto, es esencialmente el de una tendencia hacia muchas direcciones”¹⁹ Y aquí la explosión en cadena: “La vida no sigue una trayectoria única; más bien es comparable a una explosión que se difunde en direcciones muy varias, en cada una de las cuales nuevas explosiones acentúan aún más la variedad”.

‘*El problema de la vida: finalismo y mecanicismo*’, apartado del último tema (‘*La metafísica*’) expone sucintamente el resultado de esta reforma intelectual por medio de la intuición. El resultado sería una defensa de la libertad (opuesta al mecanismo causal) muy arra-

¹⁴ M. G. Morente. ‘*La filosofía...*’. 40.

¹⁵ *Ibid.* 65.

¹⁶ X. Zubiri. ‘*Cinco lecciones de filosofía*’. Alianza, 2002. 192.

¹⁷ H. Bergson. ‘*Evolución creadora*’. Cactus, 2007. Traducción: Pablo Ires.

¹⁸ M. G. Morente. ‘*La filosofía...*’. 84.

¹⁹ *Ibid.* 94.

gada a su tiempo y también cuestionable. La indeterminación frente a las leyes naturales reluce con toda su aureola: “Podrá decirse que un animal es tanto más animal cuanto mayor indeterminación exista en su capacidad de moverse, es decir, cuanto mayor sea la distancia, el margen del que dispone entre la sensación y la reacción motora”, la duración creadora de la vida es “fabricarse instrumentos de indeterminación, injerirse en la materia y distenderla para hacer un hueco a la espontaneidad de su propia creación”²⁰.

Este es el lugar del “instinto espiritual”, que García Morente asocia con la “intuición” definitivamente en el tercer epígrafe (el conclusivo) *‘Inteligencia e instinto: la filosofía de la intuición’*: “el instinto no conoce posibilidades sino realidades, y la inteligencia encierra, en cambio, una casi infinita capacidad de aplicación. En la actividad instintiva existe una tan perfecta coincidencia entre la representación y el acto real, que no le queda al animal margen para darse cuenta, para pensar varios posibles y elegir entre ellos. El instinto conoce directamente, y por penetración, en el interior de la cosa misma. La inteligencia, en cambio, no penetra en las cosas, sino que salta, por decirlo así, de unas a otras; se mueve en las relaciones, es decir, en suma, en el espacio”²¹.

La exclamación “primaveral” ya señalada, puede compararse con la decepción que, más adelante tuvo García Morente (tal y como nos traslada el mentado apéndice de esta edición de Encuentro que ahora manejamos) con un libro posterior del académico francés *‘Las dos fuentes de la moral y la religión’*. La recensión, aquí apéndice, fue publicado originalmente en 1932, en Revista de Occidente, cuando hacía ya 5 años el académico francés era Premio Nobel de Literatura. Dice: “Porque, en efecto, ya no se trata de sumergirse inocente, ingenuamente, en lo que quiere intuir por dentro, para vivirlo en intimidad, para entrar en “inmediato” contacto con ello, sino que se trata de buscar el ángulo desde el cual la moral y la religión puedan ponerse en armonía con una metafísica preexistente”.

Más adelante, en esta misma crítica, nos aporta lo más parecido al método bergsoniano que hemos podido detectar: “adquirir primero todos cuantos datos concretos sea posible lograr sobre el punto propuesto; y luego “vivirlos”, es decir, prescindir de ellos como simples conocimientos, e intentar sumergirse en la realidad aludida, para “verla” por dentro”. Sin “costra” ni “vestidura”, lo íntimo. Aquí el lamento: ²² “Por eso este libro no nos trae cosecha de intuiciones certeras y penetrantes (como podíamos y queríamos suponer al comenzar su lectura), sino penoso esfuerzo de construcción violenta”²³.

De este modo, la edición reciente de *‘La filosofía de Henri Bergson’* aporta toda una panorámica de la consideración de García Morente hacia su maestro. Una felicidad primera de 1917 y la decepción posterior de 1932. Quizá sea por eso que en las lecciones de 1937, en la Universidad Nacional de Tucumán (recogidas después en edición, en *‘Lecciones preliminares de Filosofía’*²⁴) no dedique un apartado monográfico a Bergson, cuando habla, en los últimos capítulos del vitalismo orteguiano y de la filosofía de Heidegger. Hay que pensar que Bergson fue para el catedrático jienense uno de los grandes pensadores de la Historia, de ahí lo chocante de su ausencia.

Álvaro CORTINA URDAMPILLETA

²⁰ *Ibíd.* 96.

²¹ *Ibíd.* 98.

²² *Ibíd.* 114.

²³ *Ibíd.* 116.

²⁴ M. G. Morente. *Lecciones preliminares de filosofía*. 2009. 3º Ed.